

¿Qué es una Cosmovisión?

Dr. Al Walters

En lo que respecta a nuestros propósitos una *cosmovisión* se definirá como “el marco global de las creencias básicas de uno con respecto a las cosas.” Examinemos con mayor detalle los elementos de esta definición.

Primero que todo, “cosas” es un término deliberadamente impreciso que se refiere a cualquier cosa acerca de la cual es posible tener una creencia. La estoy tomando en el sentido más general imaginable, de modo que abarca el mundo, la vida humana en general, el significado del sufrimiento, el valor de la educación, la moralidad social y la importancia de la familia. En este sentido incluso se puede decir que Dios estará incluido entre las “cosas” sobre las cuales tenemos creencias básicas.

Segundo, una cosmovisión es un asunto de las *creencias* de uno. Las creencias son diferentes de los sentimientos u opiniones porque estas presentan una “afirmación cognoscitiva” – es decir, una afirmación de algún tipo de conocimiento. Puede que diga, por ejemplo, que “creo” que la educación es el camino para la felicidad humana. Eso quiere decir que estoy aseverando algo con respecto a la manera en que son las cosas, cuál es el caso. Estoy dispuesto a defender esa creencia con argumentos. Los sentimientos no establecen una afirmación de conocimiento, ni pueden ser discutidos con argumentos.

Las creencias tampoco son opiniones o hipótesis. Es verdad que algunas veces usamos la palabra *creencia* con aquel tipo de sentido más bien débil (“Creo que Juan vendrá a casa hoy un poco tarde otra vez”), pero uso aquí la palabra *creencia* en el sentido de “credo,” una creencia con *compromiso*, algo que no solamente estoy dispuesto a respaldar con argumentos, sino también a defender o promover con la inversión de dinero o soportando las dificultades asociadas con ella. Por ejemplo, puede que sea mi creencia que la libertad de expresión es un derecho inalienable en la sociedad humana, o que nadie debiese imponer su religión sobre alguien más. Sostener una creencia puede que requiera sacrificio de mi parte, o soportar el desprecio y el abuso si es una creencia poco popular o no ortodoxa – digamos, que las prisiones debiesen castigar lo mismo que rehabilitar, o que la libre empresa es el azote de nuestra sociedad. Todas esas creencias son ejemplos de lo que incluye una cosmovisión. Tiene que ver con las *convicciones* de uno.

Tercero, es importante notar que las cosmovisiones tienen que ver con las creencias *básicas* acerca de las cosas. Tienen que ver con las cuestiones últimas con las que nos vemos confrontados; involucran asuntos de principio general. Yo podría decir que tengo una creencia segura de que los Yankees ganaron la Serie Mundial de 1965, seguro hasta el punto de estar dispuesto a hacer una gran apuesta por ello, pero ese tipo de creencia no es del tipo que constituye una cosmovisión. Es diferente en el caso de profundos asuntos morales: ¿Puede la violencia en alguna circunstancia ser justa? ¿Existen normas constantes para la vida humana? ¿Tiene sentido el sufrimiento? ¿Sobrevivimos a la muerte?

Finalmente, las creencias básicas que uno tiene con respecto a las cosas tienden a formar un *armazón, esquema o patrón*; se arreglan de una determinada manera. Esa es la razón por

la cual los humanistas a menudo hablan de un “sistema de valores.” Todos nosotros reconocemos, al menos en algún grado, que debemos ser consistentes en nuestras perspectivas si queremos ser tomados con seriedad. No adoptamos un conjunto arbitrario de creencias básicas que no tenga coherencia o apariencia de consistencia. Ciertas creencias básicas chocan con otras. Por ejemplo, la creencia en el matrimonio como una ordenanza de Dios no está en conformidad con la idea del divorcio fácil. Una convicción de que las películas y el teatro son esencialmente “entretenimientos mundanos” no es muy consonante con el ideal de una reforma Cristiana de las artes. Una creencia optimista en el progreso histórico es difícil de armonizar con una creencia en la depravación del hombre.

Esto no quiere decir que las cosmovisiones nunca sean internamente inconsistentes – muchos lo son (de hecho, una inconsistencia puede ser una de las cosas más interesantes acerca de una cosmovisión) – pero sigue siendo cierto que la característica más significativa de las cosmovisiones es su tendencia a ubicarse en patrones claramente reconocibles. Además, la mayor parte de la gente no admitirá una inconsistencia en su propia cosmovisión aún cuando sea muy obvia para otros.

Se ha asumido hasta aquí en nuestra discusión que todos tienen una cosmovisión de algún tipo. ¿Es este, de hecho, el caso? Ciertamente es verdad que la mayor parte de la gente no tendría una respuesta si se les preguntase cuál es su cosmovisión, y las cosas solo se pondrían peores si se les preguntara acerca de la estructura de sus creencias básicas acerca de las cosas. No obstante, sus creencias básicas emergen lo suficientemente rápido cuando se enfrentan con emergencias prácticas, asuntos políticos de actualidad, o convicciones que chocan con las propias. ¿Cómo reaccionan frente al reclutamiento para el servicio militar obligatorio, por ejemplo? ¿Cuál es su respuesta frente al evangelismo o a la contra-cultura, al pacifismo o al comunismo? ¿Qué palabras de condolencia ofrecen junto a una tumba? ¿A quién culpan por la inflación? ¿Cuáles son sus opiniones con respecto al aborto, la pena capital, la disciplina en la crianza de los niños, la homosexualidad, la segregación racial, la inseminación artificial, la censura de las películas, el sexo extramarital y cosas similares? Todos estos asuntos desencadenan respuestas que proveen indicativos de la cosmovisión de una persona al dejar entrever ciertos patrones (siendo los patrones “conservador” y “progresista” los patrones bastos e informales que la mayor parte de la gente reconoce.) Por lo tanto, en general, todos tienen una cosmovisión, no importa cuán inarticulada él o ella la puedan estar expresando. El tener una cosmovisión es simplemente parte de ser un ser humano adulto.

¿Qué papel juega una cosmovisión en nuestras vidas? La respuesta a esto, creo yo, es que nuestra cosmovisión funciona como *una guía para nuestra vida*. Una cosmovisión, aún cuando sea medio inconsciente y poco articulada, funciona como una brújula o como un mapa de carreteras. Nos orienta en el mundo en general, nos da un sentido de lo que está arriba y de lo que está abajo, de lo que es correcto y de lo que es incorrecto en la confusión de eventos y fenómenos que nos confrontan. Nuestra cosmovisión moldea, en un grado significativo, la manera como evaluamos los eventos, asuntos y estructuras de nuestra civilización y nuestros tiempos. Nos permite “ubicar” o “situar” los varios fenómenos que aparecen en nuestro ámbito de acción. Claro que otros factores juegan un papel en este proceso de orientación (el interés propio psicológico o económico, por ejemplo), pero estos otros factores no eliminan el rol rector de la cosmovisión propia; a menudo precisamente

ejercen su influencia *a través* de nuestra perspectiva de la vida.

Una de las características únicas de los seres humanos es que no podemos funcionar sin el tipo de orientación y guía que ofrece una cosmovisión. Necesitamos orientación porque somos, ineludiblemente, criaturas con responsabilidad, quienes por naturaleza somos incapaces de tener opiniones puramente arbitrarias o de tomar decisiones totalmente carentes de principios. Necesitamos algún credo por el cual vivir, algún mapa por el cual trazar nuestro curso. La necesidad de una perspectiva de dirección es básica para la vida humana, quizás más básica que el alimento o el sexo.

No son solamente nuestras opiniones y argumentos los que son decisivamente afectados por nuestra cosmovisión, sino también todas las decisiones específicas que estamos llamados a tomar. Cuando las cosas se ponen difíciles en un matrimonio, ¿es el divorcio una opción? Cuando el sistema de impuestos es injusto, ¿estafa en sus reportes tributarios? ¿Debiese ser castigado el crimen? ¿Despedirá usted a un empleado tan pronto como sea económicamente ventajoso para usted hacerlo? ¿Se involucrará en la política? ¿Desalentará a su hijo o hija para que no lleguen a convertirse en artistas? Las decisiones que toma sobre estos y muchos otros asuntos son guiadas por su cosmovisión. Las disputas con respecto a ellos a menudo involucran un choque entre perspectivas básicas de la vida.

Una vez más, tenemos que admitir que puede que haya aquí inconsistencia: no solamente podríamos adoptar creencias en conflicto, sino que algunas veces podríamos no actuar en armonía con las creencias que tenemos. Este es un hecho con respecto a nuestra experiencia de todos los días que todos debemos reconocer. ¿Pero quiere decir esto que nuestra cosmovisión no tiene el rol guiador que le estamos atribuyendo? No necesariamente. Una nave puede ser desviada de su curso por una tormenta y aún así hallarse aún rumbo a su destino. Lo que cuenta es el patrón general, el hecho de que el timonel hace todo lo posible para mantener la nave en su rumbo. Si su acción está fuera de tono con sus creencias, tiende a cambiar o sus acciones o sus creencias. Usted no puede mantener su integridad (o su salud mental) por mucho tiempo si no hace ningún esfuerzo por resolver el conflicto.

Esta visión de la relación de nuestra cosmovisión con nuestra conducta es cuestionada por muchos pensadores. Los Marxistas, por ejemplo, sostienen que lo que realmente guía nuestra conducta no son las creencias sino los intereses de clase. Muchos psicólogos miran las cosmovisiones más como dirigidas que como guiadoras, como racionalizaciones para la conducta la que es realmente controlada por la dinámica de nuestra vida emocional. Otros psicólogos sostienen que nuestras acciones son básicamente condicionadas por el estímulo físico que proviene de nuestro ambiente. Sería insensato descartar la evidencia que estos pensadores aducen para confirmar sus perspectivas. De hecho es cierto que la conducta humana es muy compleja y que incluye asuntos tales como los intereses de clase, el condicionamiento y las influencias de los sentimientos reprimidos. La cuestión es qué constituye el factor *primordial* y *decisivo* para explicar el patrón de las acciones humanas. La manera en que contestemos esa pregunta depende de nuestra visión de la naturaleza esencial de la humanidad: es, en sí mismo, un asunto de nuestra cosmovisión.

Desde un punto de vista Cristiano, debemos decir que la creencia es un factor decisivo en nuestras vidas aún cuando nuestras creencias profesadas puedan discrepar con las

creencias que son realmente operativas en nuestras vidas. Es mandato del evangelio que vivamos nuestras vidas en conformidad con las creencias enseñadas en las Escrituras. El hecho de que a menudo dejamos de vivir a la altura de este mandamiento no invalida el hecho de que podemos y deberíamos vivir de acuerdo con nuestras creencias.

Entonces, ¿cuál es la relación de la cosmovisión con la Escritura? La respuesta Cristiana a esta pregunta es clara: nuestra cosmovisión debe ser moldeada y probada por la Escritura. Puede guiar nuestras vidas legítimamente solamente si es escritural. Esto significa que en el asunto de la cosmovisión existe una brecha significativa entre aquellos que aceptan esta Escritura como la palabra de Dios y aquellos que no la aceptan así. También quiere decir que los Cristianos deben examinar constantemente sus creencias y cosmovisión verificándolas con las Escrituras, porque dejar de hacerlo será una inclinación poderosa para apropiarnos de muchas de nuestras creencias, incluso las más básicas, tomándolas de una cultura que se ha venido secularizando a un ritmo acelerado por generaciones. Una buena parte del propósito de este libro es ofrecer ayuda en el proceso de reformar nuestra cosmovisión para conformarla cada vez más a la enseñanza de la Escritura.

Como Cristianos confesamos que las Escrituras tienen la autoridad de Dios, que es suprema sobre todo lo demás – sobre la opinión pública, sobre la educación, sobre la crianza de los hijos, sobre los medios de comunicación, y en resumen, sobre todas las poderosas agencias en nuestra cultura por las cuales nuestra cosmovisión está siendo moldeada constantemente. Sin embargo, puesto que todas estas agencias en nuestra cultura deliberadamente ignoran, y de hecho generalmente rechazan de manera rotunda, la autoridad suprema de la Escritura, existe una considerable presión sobre los Cristianos para restringir su reconocimiento de la autoridad de la Escritura al área de la iglesia, la teología y la moralidad privada – un área que ha llegado a ser básicamente irrelevante en cuanto a la dirección de la cultura y la sociedad como un todo. Sin embargo, esa presión es, en sí misma, el fruto de una cosmovisión secular, y debe ser resistida por los Cristianos con todos los recursos a su disposición. Los recursos primordiales son las mismas Escrituras.

Las Escrituras son muchas cosas para el Cristiano, pero la *instrucción* es algo fundamental a su propósito. No hay ningún pasaje en la Escritura que no pueda enseñarnos algo acerca de Dios y su relación con nosotros. Debemos aproximarnos a las Escrituras como estudiantes, particularmente cuando comenzamos a pensar críticamente sobre nuestra propia cosmovisión. “Porque las cosas que se escribieron antes, para nuestra enseñanza se escribieron,” dice Pablo de las Escrituras del Antiguo Testamento (Rom. 15:4), y lo mismo se aplica al Nuevo Testamento. Esta es la razón por la cual el concepto de “sana doctrina” es tan fundamental en el testimonio apostólico – no doctrina en el sentido de teología académica, sino como instrucción práctica en las realidades de vida o muerte de nuestro caminar en el pacto con Dios. Es por medio de ese tipo de enseñanza que la firmeza y el ánimo que las Escrituras traen nos capacitarán, como Pablo continúa señalando en el mismo pasaje, a no desesperarnos sino a aferrarnos a nuestra esperanza en Cristo. Eso también está involucrado en lo que Pablo llama la “renovación de nuestras mentes” (Rom. 12:2). Necesitamos esa renovación si hemos de discernir cuál es la voluntad de Dios en el ámbito completo de nuestras vidas – “la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta..” El verificar nuestra cosmovisión comparándola y revisándola con la Escritura es parte de la renovación de la mente.

Claro, este énfasis en la enseñanza escritural es un aspecto fundamental de la religión Cristiana. Todas las variedades de Cristianos, a pesar de todas sus diferencias, están de acuerdo en este punto en alguna forma u otra. No obstante es necesario enfatizarla una vez más con referencia a la cuestión de nuestra cosmovisión porque casi todas las ramas de la iglesia Cristiana también concuerdan en que la enseñanza de la Escritura es básicamente a asunto de teología y moralidad personal, un sector privado catalogado como “sagrado” y “religioso,” demarcado del ámbito más amplio de los asuntos humanos catalogado como “secular.” Las Escrituras, según esta visión, ciertamente debiese moldear nuestra teología (incluyendo nuestra “ética teológica”) pero están, en el mejor de los casos, indirecta y tangencialmente relacionadas con asuntos seculares tales como la política, el arte y la erudición: la Biblia nos enseña una visión de la iglesia y una visión de Dios, no una cosmovisión.

Este es un error peligroso. Es cierto que debemos ser enseñados por la Escritura sobre temas tales como el bautismo, la oración, la elección y la iglesia, pero la Escritura le habla fundamentalmente a *todo* en nuestra vida y mundo, incluyendo la tecnología, la economía y la ciencia. El alcance de la enseñanza bíblica incluye asuntos “seculares” ordinarios como el trabajo, los grupos sociales y la educación. A menos que tales tópicos sean abordados en términos de una cosmovisión basada directamente en categorías primordiales escriturales como la creación, el pecado y la redención, en lugar de eso, nuestra evaluación y valoración de estas dimensiones supuestamente no religiosas en nuestras vidas probablemente se vea dominada por una de las cosmovisiones en competencia en el Occidente secularizado. Por consiguiente, es esencial relacionar los conceptos básicos de la “teología bíblica” con nuestra cosmovisión – o más bien entender estos conceptos básicos como *constituyentes* de la cosmovisión. En cierto sentido la súplica que aquí se hace por una cosmovisión bíblica es simplemente una apelación al creyente para que tome seriamente la Biblia y su enseñanza para la totalidad de nuestra civilización *ahora mismo* y no relegarla a alguna área opcional llamada “religión.”

Ahora que tenemos una idea general de qué es una cosmovisión, nos resta abordar la pregunta de qué es distintivamente característico en la cosmovisión arraigada en la Reforma. ¿Qué rasgos característicos la distinguen de otras cosmovisiones, tanto aquellas paganas o humanistas como de algunas Cristianas?

Debemos comenzar aceptando el hecho de que existen diferentes cosmovisiones Cristianas, aún dentro de la corriente principal de la ortodoxia Cristiana histórica. Claro, hay un sentido en el que todas las iglesias Cristianas ortodoxas (las cuales, en este contexto, entenderemos como aquellas iglesias Cristianas que aceptan los así llamados credos ecuménicos de la primera iglesia) comparten una buena parte de la enseñanza bíblica básica. Todas aceptan la Biblia como Palabra de Dios, creen en un Creador trascendente que hizo todas las cosas, confiesan que el aprieto humano es debido al pecado y que Jesucristo ha venido a ofrecer expiación por ese pecado y redimir a la humanidad de su maldición, afirman que Dios es personal y trino, que Cristo es tanto divino como humano, y así sucesivamente. No debemos minimizar la medida en que la tradición Ortodoxa Oriental, la Católica Romana y los varios tipos de tradiciones Protestantes comparten la misma herencia y confesión.

Sin embargo, somos muy conscientes de las profundas divisiones dentro de la iglesia Cristiana. Estas divisiones reflejan diferencias de cosmovisión lo mismo que diferencias de teología en el estricto sentido de la palabra. Me gustaría identificar brevemente la diferencia básica entre una cosmovisión arraigada en la Reforma y otras cosmovisiones Cristianas.

Una manera de ver esta diferencia es usar la definición básica de la fe Cristiana dada por Herman Bavinck: “Dios el Padre ha reconciliado al mundo creado, pero caído, por medio de la muerte de Su Hijo, y lo renueva transformándolo en el Reino de Dios por Su Espíritu.” La cosmovisión arraigada en la Reforma toma todos los elementos clave en esta confesión ecuménica trinitaria en un sentido universal y que lo abarca todo. Los términos “reconcilió,” “creado,” “caído,” “mundo,” “renueva” y “Reino de Dios” son concebidos y sostenidos como cósmicos en alcance. En principio, nada aparte de Dios mismo se ubica fuera del rango de estas realidades fundamentales de la religión bíblica.

En contraste, todas las otras cosmovisiones Cristianas restringen el alcance de cada uno de estos términos de una forma u otra. Se entiende que cada uno se aplica solamente a un área delimitada del universo de nuestra experiencia, generalmente llamada la esfera “religiosa” o “sagrada.” Cualquier cosa que se ubique fuera de esta área delimitada es llamada una esfera “mundana,” o “secular,” o “natural” o “profana.” Todas estas teorías de los “dos ámbitos,” como son llamadas, son variaciones de una cosmovisión básicamente *dualista*, opuesta a la perspectiva *integral* de la cosmovisión arraigada en la Reforma, que no acepta una distinción entre los “ámbitos” sagrado y secular en el cosmos.

Esta es una manera de explicar el carácter distintivo de la cosmovisión arraigada en la Reforma. Otra manera es decir que sus rasgos característicos están organizados alrededor del entendimiento central de que “la gracia restaura la naturaleza” – es decir, la redención en Jesucristo significa la *restauración* de una creación originalmente buena. (Por el término *naturaleza* quiero dar a entender, en estos contextos, la “realidad creada.”) En otras palabras, la redención es *re-creación*. Si examinamos esto más de cerca podemos ver que esta afirmación básica realmente implica tres dimensiones fundamentales: la creación originalmente buena, la perversión de esa creación por medio del pecado y la restauración de esa creación en Cristo. Es claro cuán fundamental llega a ser la doctrina de la creación en tal perspectiva, puesto que el punto total de la salvación es entonces el rescate de una creación afectada por el pecado. Sin embargo, en las cosmovisiones no arraigadas en la Reforma, la gracia incluye algo añadido a la naturaleza, con el resultado que la salvación es algo básicamente “no-creacional,” súper-creacional o incluso anti-creacional. En tales perspectivas, cualquiera que sea lo que Cristo trae sobre y por encima de la creación pertenece al ámbito sagrado, mientras que la creación original constituye el ámbito secular.

En los siguientes tres capítulos examinaremos las tres categorías bíblicas básicas de creación, caída y redención. Hasta aquí hemos hablado más bien de manera abstracta sobre la cosmovisión arraigada en la Reforma con el propósito de ubicarla en el contexto más amplio de las cosmovisiones Cristianas como un todo. Ahora es momento de volvernos más específicos relacionando la cosmovisión arraigada en la Reforma tanto con los temas centrales de la Escritura como con las realidades básicas de nuestra experiencia cultural y social.

